

¿Qué significa ser lingüista en el siglo XXI?: Reflexión teórica y metateórica

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua,
como Miembro Correspondiente por Valparaíso*

Valparaíso, 18 de abril, 2008

Giovanni Parodi

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Chile

Reconocimientos y agradecimientos

Puede ser un lugar común de este género discursivo apuntar que no merezco este reconocimiento que los miembros de la Academia Chilena de la Lengua me conceden. Pero el género, entre otros, justamente articula los propósitos, los entornos y los participantes del discurso. Por ello, es válido iniciar con esta declaración.

Debo decir que nunca tuve un mundo posible en que me ensoñara como miembro de esta institución. Eso era algo que ocurría a otros; a mis maestros, a mis colegas, a algunos conocidos. Siempre miré estas ceremonias desde lejos. Eran para los grandes, y yo –ciertamente– no me siento en esta condición.

Recuerdo que hace unos cinco años atrás, conversando con una entrañable amiga e investigadora, ella me señaló su anhelo de algún día ser llamada por la Academia. Ella declaraba que ese era su máximo sueño académico y profesional. Yo me limité a observarla con curiosidad, tal vez con inmadurez académica. No comprendía efectivamente a lo que ella se refería. Ella sí entendía los caminos que en ese momento a mí me parecían extraños. Yanina Cademártori hoy está en su propia lucha terrenal por sobrevivir a una enfermedad terrible que cada día la aleja más de todos quienes la amamos. Pero sé bien que comprendió cuando le transmití con enorme alegría el comunicado que una noche de lunes Don Alfredo Matus me hiciera llegar. Ella sonrió y me dijo: “Giova, te tocó merecidamente”. Adorada Yani: estás aquí en este día junto a mí, y con más fuerza que nunca.

Como decía, nunca aspiré a este honor. Tal vez porque mis dos maestros ostentan la categoría numeraria y yo me siento muy lejos de tal nivel académico. Es por ello que asumo con humildad este nombramiento. Solo he intentado hacer lo que me ha

dictado mi conciencia, emulando la energía de vivir y la fuerza de mi madre y la entrega total a la vida académica que siempre he intentado emular de Luis Gómez Macker y Marianne Peronard.

Distinguidas señoras y señores académicos, deseo expresar mis sinceros agradecimientos por vuestra confianza y ofrezco comprometer mi trabajo y esfuerzo en el cumplimiento de los objetivos de esta corporación y ayudar a llevarla hacia el nuevo milenio cruzando el umbral que los desafíos que los tiempos imponen. En este singular salón de honor de mi querida universidad, me siento hoy lleno de energía para asumir tal compromiso. Toda mi familia aquí presente, entre ellos mi madre, mi esposa, mis hijas, mi hermana y mis grandes colegas y tremendos amigos me acompañan en ello. Es una tarea comunitaria pues yo solo, poco o nada puedo hacer. Cuento con todos ustedes.

A continuación, daré curso a la reflexión que deseo compartir con ustedes en este día.

El problema: ¿Cómo se llega a ser lingüista?

En un afán científico de corte acumulativo, he buscado aproximarme a un problema –en mi opinión– de gran actualidad y relevancia para quienes nos desempeñamos en este ámbito. He dicho en un afán acumulativo porque, tal vez con excesiva ambición, pretendo engarzar mi reflexión con el pensamiento científico de mis maestros. Este afán de construcción y acumulación científica no se lleva a cabo en un sentido horizontal sino más bien en uno verticalista e inclusivo. En otras palabras, no pretendo reiterar ideas en el plano de lo ya dicho; sino que avanzar desde ciertos magníficos núcleos temáticos, como por ejemplo, los discursos de incorporación tanto de miembros correspondientes como de número de Marianne Peronard y Luis Gómez Macker. De este modo, busco progresar, cimentado desde lo que existe. Pretendo continuar una línea de pensamiento; ojalá, coherente con algunos principios fundantes.

Es muy cierto que se suele decir que en el ámbito de las ciencias humanas y de las ciencias sociales no se construye el conocimiento de modo vertical y jerárquico. Por el contrario, se dice que se acumula en un sentido desplazado y no integrador, generando teorías y enfoques alternativos. Así, el desafío que me propongo se inserta dentro del pensamiento de la hoy ya asentada **Escuela Lingüística de Valparaíso**.

Ahora bien, ya sin más demora, veamos cuál es el mentado asunto en el que busco adentrarme. Anteriormente, solo he hecho una vaga referencia y nunca quedó suficientemente explicitado el referente de dicha frase. En efecto, el foco de esta reflexión aborda el quehacer del lingüista contemporáneo y su futuro. Las preguntas clave que abordaré son:

- ¿Cómo se convierte alguien en lingüista?
- ¿Qué hace en su vida profesional un lingüista del siglo XXI?

- ¿Cuál es el ámbito y las responsabilidades de un científico del lenguaje y de las lenguas hoy en día?
- ¿Qué implica adherir a dicha comunidad académica?

Si recurrimos a lo que la gente en su cotidianidad normalmente asume, la tendencia indica que el lingüista es, por una parte, una persona competente en varias lenguas particulares, esto es, una persona con gran habilidad para aprender y hablar muchas lenguas. En otras palabras, desde esta mirada, lingüista se asimila a políglota. Tal vez, incluso por ello en algunos círculos no especializados, se nomina a este profesional como LENGüista, es decir, derivando directamente de LENGua o LENGuaje. Estoy seguro muchos de nosotros hemos debido corregir en más de una oportunidad algún documento de carácter oficial, incluso al interior de la universidad, en que se ha escrito LENGüística. Ello revela, en mi opinión, la cercanía del profesional lingüista con el dominio de las lenguas y no necesariamente con las ciencias del lenguaje.

Una segunda acepción, proveniente de la cultura popular, dice relación con la idea de experto en el manejo de la lengua y conocedor de sus usos y abusos. Por ello, se suele exigir al lingüista actuar como censor y autoridad de lo correcto e incorrecto. Así, a veces, el lingüista se ve enfrentado a proceder como juez normativista que dirime en un conflicto lingüístico y debe ser poseedor de la verdad absoluta. A veces, las audiencias involucradas suelen sentirse decepcionadas cuando el especialista declara que ambas voces o estructuras en disputa son adecuadas, pero que tienen contextos de uso y situaciones específicas y que cumplen funciones divergentes. La decepción cunde entre los oyentes deseosos de escuchar un fallo tajante que zanje definitivamente el conflicto lingüístico. Peor resultado y desazón se genera entre los participantes del debate si el lingüista declara que ambos contrincantes están en lo correcto y que ambas versiones o alternativas enfrentadas se emplean indistintamente. Así, muchas veces se termina por poner en duda el juicio del supuesto experto, pues la fuerte tradición idealizadora impone un fallo descalificador de una u otra postura. En estos casos, suele ocurrir que la autoridad no logra convencer y sus esfuerzos no penetran la fuerte corteza de la cultura y las creencias populares.

Incluso, como se sabe, en círculos aún más restringidos, el llamado lingüista es siempre el designado para tomar notas, escribir cartas, redactar acuerdos y hablar en público. Como si profesar este oficio fuera indicador de manejo excelso de la lengua oral y de la lengua escrita y todo ello implicara un conocimiento acabado de sus múltiples registros, innumerables géneros e infinitas variedades de uso.

Desde estas perspectivas, la del políglota y la del conocedor de gramática y pronunciación, se puede decir que muchos hablantes/escribientes podrían calificar como lingüistas. No parece exigirse, necesariamente, título profesional, trayectoria en investigación, ni haber alcanzado una reputación como especialista disciplinar. Ejemplos de ello, todos conocemos y hemos vivido

innumerables situaciones relacionadas. Desafortunadamente, estas vertientes a nivel lego –muy difundidas– continúan una tradición fuertemente arraigada en la cultura de nuestras sociedades contemporáneas.

Ahora bien, si se sigue el rastro clásico en una indagación inicial de tipo lexicográfico, el Diccionario de la Lengua Española (R.A.E., 2001: 1384) consigna que lingüista es una “persona versada en lingüística”. Como se desprende, nada se declara de los deberes de este profesional, de sus compromisos, ni de sus tareas. El foco está en que tal persona debe conocer la lingüística, con un grado importante de profundidad. Si se sigue la indagación hacia el vocablo lingüística, notamos que, en el mismo Diccionario de la Lengua Española (R.A.E., 2001:1384) se señala que es la “ciencia del lenguaje”.

Con estos breves antecedentes, tenemos que un lingüista debe ser una persona que domina un cuerpo relativamente importante de conocimientos adscritos a la ciencia del lenguaje. Sin lugar a dudas, la rica mirada y perspectiva que nos proporcionan los albores del siglo XXI también nos permite observar que la cantidad de ramas, áreas, sub e interdisciplinas que hoy existen constituyen un extremadamente amplio terreno de estudio en el cual cada parcela ha alcanzado un desarrollo considerable. Esta mirada a la que aludíamos pone de manifiesto la complejidad de lograr un conocimiento cabal en todas las denominadas “ciencias del lenguaje”, ahora en plural.

Lo que busco poner de relieve es que la definición de lingüista contenida en el Diccionario de la Lengua Española así como la de lingüística son, por una parte, un tanto concisas y hasta simples; además, ambas definiciones resultan exageradamente abarcadoras e involucran una cantidad de conocimientos que difícilmente, en la actualidad, un estudioso puede dominar con suficiente profundidad. Muy posiblemente a mediados del siglo pasado aún era factible que un lingüista alcanzara, en un tiempo prudente, la construcción coherente de un cuerpo disciplinar de conocimientos hasta ese momento disponible. Sin embargo, el vertiginoso avance del conocimiento altamente especializado, la creciente variedad de subdominios disciplinares que presentan niveles de profundidad diversos, y las tremendas redes interdisciplinarias, así como la abrumadora disponibilidad inmediata de información científica en línea, imponen fronteras difíciles de alcanzar y sobrepasar con éxito.

En mi opinión, ninguna de estas concepciones es totalmente errónea, aunque tampoco definitivamente correcta. Algo de cada una puede rescatarse. Es muy posible que alguna de ellas bordee ciertos rasgos del oficio, pero –en esencia– todas ellas distan mucho de la tarea científica y de los desafíos profesionales que imagino para un lingüista del siglo XXI. Un lingüista, de hecho, podría hablar solo una lengua, pero no debe, obligatoriamente, ser un experto en el uso y manejo de esa lengua.

Según se aprecia, al adentrarse en lo que hace un lingüista, resulta insoslayable enfrentar una pregunta magnífica: ¿qué es la lingüística? Volveremos más adelante sobre ello.

Lingüista: ¿Profesión u oficio?

Volviendo al Diccionario de la Lengua Española y a sus definiciones, rescatamos la idea de que el lingüista es un versado en la ciencia del lenguaje, lo que implica ser un estudioso del lenguaje y su realización en lenguas naturales y, por extensión, también en las lenguas artificiales. Pero, ¿qué implica hacerse cargo de una ciencia que aborda la indagación acerca del lenguaje humano y de las lenguas particulares en que este se instancia? Ciertamente, esta es una cuestión de envergadura que supera con creces al políglota y al conocedor de gramática y pronunciación.

Para ser un lingüista no existe necesariamente una habilitación por medio de un título profesional o de un grado académico. Desde mi perspectiva, ni siquiera un doctorado habilita para ello. Muy por el contrario, han existido muchos destacados lingüistas que, con mucho, han logrado formalizar un solo grado académico inicial y nadie ha dudado nunca de su idoneidad. Entonces, ¿en dónde reside la cuestión que buscamos aclarar? Según entiendo, el asunto puede ser aún más complejo: se trata de una vocación de vida; de una forma de vivir. Para ser lingüista se debe asumir un desafío científico. Así, al lingüista se le impone el ejercicio de un oficio, es decir, es una persona que se hace responsable de un compromiso, es alguien que ha llegado a detentar, por experiencia, capacidad y logros, una competencia dentro de un área específica del conocimiento. O sea, *mutatis mutandi*, el lingüista se hace; no nace.

Allí reside este intrínquilis. Es, sin dudas, un asunto casi místico y con ello no implico que se requiera nada mágico ni sobrenatural. Sino, más bien, de vocación, de profesar un oficio.

Desde esta óptica, nuevamente siguiendo al Diccionario de la Lengua Española (R.A.E., 2001: 1611), tenemos que el vocablo oficio, en sus dos primeras acepciones, consigna: "Ocupación habitual", "Cargo, ministerio". En este sentido, desde mi argumento, al lingüista se le aplica muy bien el término oficio. Justamente es eso. Su labor es una empresa ministerial, un compromiso en el que tiene a cargo una determinada cuestión; es el que se hace responsable de algo. Comparativamente hablando, una profesión queda validada por un título; ser un lingüista se valida a través de la comunidad científica, en el reconocimiento de los pares. Es algo a lo que se aspira y se pretende alcanzar; pero no una cuestión que se da de facto. Ser lingüista no es una profesión que se valida a través de un título universitario. Ciertamente los grados y títulos académicos son un soporte inicial que informa acerca del cumplimiento de estudios formales en un área, pero que no necesariamente impelen a que una persona se haga cargo de una responsabilidad y asuma un compromiso de vida. Así, el oficio de lingüista es validado por una comunidad científica, esto es, a través del reconocimiento de los pares.

El lingüista del siglo XXI

Ser un lingüista del siglo XXI impone un conocimiento amplio de las problemáticas acerca del lenguaje, tales como su naturaleza, su especificidad, su evolución, su asiento biológico. También ser

lingüista contemporáneo implica contar con un conocimiento acerca de las lenguas particulares, de sus regularidades y de sus variaciones. Desde este tremendo reino de posibilidades, el lingüista es libre para elegir un dominio, un área de interés, en la cual profundizará y a la cual convertirá en su especialización. Pero la urgencia de focalización no debe opacar la tremenda necesidad de respuestas a cuestiones fundamentales. El lingüista del siglo XXI no debe enarbolar exclusivamente la bandera de la normativa, de los prescriptivismos. Este investigador debe ser una persona que se plantea interrogantes, que pretende resolver problemas de la vida cotidiana, que observa los diversos planos del lenguaje y de las lenguas y busca explicaciones. Se cultiva así una línea de investigación y una de reflexión crítica. Se conjuga así, tradición y postmodernidad.

Como se sabe, aunque a veces se confunda y no se explicita decididamente, la lingüística aborda el estudio del lenguaje y de las lenguas. Entonces, claramente se distinguen dos planos esenciales. Uno de corte más amplio y eminentemente teórico, cuyos límites son disciplinariamente difusos. En otras palabras, la filosofía, la psicología, la sociología, la neurología, la biología, todas ellas colindan con la lingüística. Por cierto, esto no constituye novedad. Ya lo habían apuntado Platón y Aristóteles. Saussure, en su afán cientificista, lo retomó prístinamente. El otro plano, también tiene marcas teóricas pero debe, sinérgicamente, alcanzar un grado de operacionalización, llegar a las instancias y volver a alimentar el plano superior. Los límites entre ambos son ciertamente difusos; en ello reside una gran riqueza.

De este modo, en mi opinión, la tarea del llamado lingüista teórico se constituye en definir qué es el lenguaje humano y deslindarlo de otros sistemas de comunicación tanto naturales como artificiales. Ambiciosamente, podemos enfatizar que indagar el lenguaje es estudiar el significado, más bien los modos de significar, los cuales se instancian a través de las lenguas particulares. En este sentido, el estudio del lenguaje nos lleva –en parte– a la esencia del ser humano. Se constituye así en rasgo fundante, junto a la mente y a la conciencia. Por su parte, el estudio de una o varias lenguas particulares, a modo de entidades históricas, es el estudio de la lexicogramática y la fonología de dichos sistemas y sus realizaciones particulares de construcción de significados. En este sentido, las lenguas no son meros instrumentos, a modo de caparazones o cubiertas formalistas superficiales. Ellas constituyen forma y sustancia, ya que articulan los pensamientos, los sentimientos y los significados. Dan forma a la cultura y la transmiten. Así, en mi opinión, la construcción y transmisión de significados contextualizados y su necesaria codificación lingüística a través de complejos procesos de lexicogramaticalización en que no se descarta los planos biológico, social, cognitivo, cultural e ideológico revela aristas infinitas de las tareas que un lingüista del siglo XXI no debe descuidar.

Entonces, en el contexto de caracterizar al lingüista del siglo XXI vale la pena consignar que –desde otros dominios científicos– algunos científicos afirman que nuestro trabajo carece definitivamente de rigor científico o, más bien, que no seríamos científicos propiamente tales. Pero, ¿por qué otros

científicos pueden construir esta percepción? ¿por qué algunos científicos, supuestamente duros, podrían poner en duda el carácter científico de nuestra disciplina, supuestamente blanda? De una parte, estimo que existe cierta idea que tiende a la no valoración de nuestros aportes. Entramos así al asunto del prestigio de los estudios lingüísticos en los entornos científicos. Sin lugar a dudas se constituye en una cuestión de valoración social de la lingüística y sus ramas. Pudiera ser que nuestras respuestas a los problemas actuales no sean suficientemente profundas o empíricamente bien fundadas. Pudiera ser que estemos demasiado enfrascados en problemáticas ciertamente interesantes, pero que la sociedad no valora suficientemente. O, tal vez, que nosotros mismos no hemos sido capaces de mostrar la valía de nuestros aportes.

Un asunto aún más grave, es que existe una cierta tendencia a construir una imagen equívoca del lingüista. Hay quienes estiman que el lingüista no aportaría decididamente a la resolución de problemas contingentes. Se argumenta que el conocimiento que aportamos es excesivamente encapsulado y poco pragmático o escasamente útil. Se articula así una visión del lingüista como un estudioso que tiende a privilegiar sistemas excesivamente conservadores y que parecen poco o nada innovadores y carentes de vanguardismo. En mi opinión, muy posiblemente el lingüista más tradicional no ha logrado dar respuestas suficientes a ciertas demandas sociales o no lo ha hecho con la claridad requerida. Es probable que este lingüista –a veces– no haya alcanzado a vislumbrar lo que la sociedad reclama en cuestiones gravitantes, entre otras, como sistemas tecnologizados de enseñanza, mecanismos de transmisión de información, modelización e implementación de técnicas experimentales, tecnologías del habla, medios masivos de comunicación, multilingüismo e interculturalismo, alfabetización académica en educación superior. Estimo que lo que ha sucedido aquí es que, en parte, nosotros mismos no hemos sido capaces de mostrar la utilidad y el potencial del estudio del lenguaje y de las lenguas particulares. Por una parte, desde esquemas empíricos apoyados en ciencias experimentales que brinden datos robustos y, por otra, desde desarrollos que privilegien el componente de transferencia tecnológica, pero a la altura de los vertiginosos cambios.

Hasta aquí he venido desplegando una línea argumental que dé cabida a mi concepción de una lingüística que supere el inmanentismo clásico. Así, defiendo y propugno una lingüística que atienda al uso, a la variación y a la variabilidad, pero que también se cuestione los fundamentos del lenguaje. Una lingüística que se acerque a los hablantes/escribientes y oyentes/lectores en sus diversos contextos cotidianos y aporte a las demandas de la sociedad actual. Una lingüística que, al mismo tiempo, atienda a las propiedades de una facultad humana tal como es el lenguaje y también tenga en cuenta las exigencias del mundo contemporáneo y sus urgencias. Todo ello desde un enfoque interdisciplinario, o más bien, decididamente transdisciplinario.

Entonces, resulta lícito preguntarse: ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? Ciertamente, enfrentamos un segundo intrínquis. De hecho, es evidente que presenciamos un cambio. Uno más complejo y profundo y, definitivamente, de otra dimensión.

Puntos de mira y objetos de estudio: Paradoja de los tiempos actuales

Desde este escenario, ¿es factible una lingüística tan decididamente multidisciplinaria?, ¿no constituye de cierto modo una contradicción en sí mismo?, ¿no enfrentamos una suerte de abandono de la lingüística *per se*? El reto actual que la lingüística debe enfrentar es el de incluir estas nuevas inquietudes sin diluirse completamente como un campo coherente de conocimiento.

Queda claro que hacia donde estamos apuntando es hacia un enfoque singular de tipo multidimensional. Desde estos escenarios, propongo así una nueva forma de hacer lingüística. En otras palabras, busco que la lingüística se trascienda a sí misma, para que no sea trascendida. En este sentido, la lingüística puede y debe ser capaz de dar un salto monumental o sucumbirá y será absorbida por otras disciplinas que, con aparatos empíricos soberbios, se han venido haciendo robustas y han ido paulatinamente incorporando dimensiones de su incumbencia. El riesgo es que la lingüística quede circunscrita a la tradicional filología o, en mi opinión, mucho más grave sería que quedara ceñida a la gramática, al prescriptivismo tradicional. Más preocupante aún, a la visión del polígota y el especialista en pronunciación y norma culta de la lengua.

Algunos dirán que se trata de una cuestión de postmodernidad; otros, ciertamente dirán que es un postmaterialismo. La teoría de la complejidad y, dentro de ella, la teoría del caos algo tienen que decir.

En mi opinión, lo que ha venido ocurriendo en los últimos años es la progresiva complejización de la mirada sobre el fenómeno en estudio. De hecho, lo que acontece no es una paulatina complejización del fenómeno mismo, de suyo naturalmente multidimensional. Lejos de ser el objeto el que se ha complejizado, es la mirada del investigador la que se ha enriquecido y se ha vuelto exigentemente más abarcadora, la que se diversifica y magnifica. En este proceso, cada vez más y más complejas esferas se van haciendo parte de la perspectiva desde la que el investigador pretende focalizar el objeto de indagación.

Lo que ha acontecido en estos últimos años y se perfila como el reto hacia el futuro es justamente el enriquecimiento y complejización progresiva de los objetos de estudio, que se operacionalizan desde concepciones teóricas diversas. Este proceso gradual ha podido llevarse a cabo, por una parte, en virtud de la vinculación entre una concepción teórica más integradora y acumulativa y una operacionalización de objetos multidimensionales, por otra este enfrentar empíricamente objetos complejos ha podido ejecutarse gracias al desarrollo y disponibilidad de instrumentos y técnicas que permiten el abordaje de un fenómeno, pero al mismo tiempo de un objeto científico complejo.

De este modo, tal vez ahora y más que nunca, la concepción compleja del lenguaje se ha podido instanciar en objetos complejos que se indagan a través de métodos también complejos. Me atrevo a asegurar que esta vinculación virtuosa entre estos tres ejes posibilita una investiga-

ción innovadora y con resultados poderosos. A continuación, la Figura 1 pretende graficar las interacciones sinérgicas que se actualizan a partir de una concepción compleja del lenguaje, el progresivo enriquecimiento de los objetos de indagación –andamiados a partir de tal visión teórica– y la disponibilidad de enfoques e instrumentos metodológicos complejos e innovadores de tipo experimental y de tipo tecnológico.



Figura 1. Interacciones entre lenguaje, objeto y enfoque metodológico.

No cabe duda que un problema para los lingüistas ha sido el de enfrentar tal complejo fenómeno y lograr ubicarlo en un lugar que sobrepase todas las fronteras del marco de acciones de un científico formalista y que solo observa los hechos desde una lengua particular a partir de un conjunto de datos más bien finitos y restringidos. Sin duda y lícitamente, durante el siglo pasado, se avanzó por medio de la construcción de objetos científicos operacionalizables y que aparecían con posibilidad certera de indagación. Se aplicó el reduccionismo metodológico. Era inminente en un momento. Lo que han hecho certeramente los lingüistas es focalizar la mirada en una parte muy reducida del complejo y multidimensional fenómeno. Una forma de aproximarse ha sido la de parcelar y acotar. Si esto no fuera así, ¿de qué forma avanzar y acercarse a la realidad?

Contrariamente a lo expuesto en la Figura 1, en nuestro afán de construir aproximaciones a la realidad, aproximaciones teñidas de nuestros principios y supuestos de base, hemos pretendido mantener la unicidad de un fenómeno supuestamente homogéneo. En un afán científico se ha circunscrito o jalonado el fenómeno en estudio, se ha buscado cierta homogeneidad. Mas, el vertiginoso avance e imposición de la complejización de las miradas hace ya imposible circunscribir de manera radical la concepción del lenguaje y su operacionalización.

El cambio al que aludimos dice relación con la progresiva complejización en la concepción del lenguaje y de las lenguas, debido, por una parte, a la paulatina mayor disponibilidad de cono-

cimientos, así como a la decidida actitud de construir una mirada integradora, basada acumulativamente en información empírica disponible. Ello ha traído aparejado un nuevo escenario que demanda una renovada actitud científica, de la cual estimo no hemos tomado suficiente conciencia. Ello es probablemente lo que nos ha confundido y nos ha hecho perder el rumbo y no dar, en algunos casos, las respuestas acertadas. Pues bien, el asunto es que esta complejización de la concepción teórica ha producido una creciente diversificación de los objetos particulares. En otras palabras, la emergencia de estas nuevas y diversas concepciones ha obligado a la proliferación de nuevos y desafiantes escenarios. No existe, de este modo, una sola definición de lenguaje y las concepciones del mismo varían grandemente. Aceptar, comprender y manejar esta heterogeneidad es parte del reto de ser un lingüista del siglo XXI. Tomar conciencia de ello es parte del desafío. De hecho, sostengo que este proceso de concientización de la complejidad y de la diversidad de principios fundantes y su existencia alternativa constituye una de las tareas del científico del lenguaje contemporáneo.

Pues bien. He aquí la paradoja. Ha estado frente a nuestros ojos hace ya un buen tiempo. La hemos enfrentado en diversos escenarios. Ha promovido innumerables discusiones; laberínticas y eternas preocupaciones. Hemos defendido la interdisciplina y hasta la multidisciplina, ante las dificultades que ellas nos imponen, pero luego –tal vez en un afán científicista– hemos dudado de enfrentar tamaña diversidad y hemos intentado aceptar la existencia de un fenómeno supuestamente más homogéneo y estable. Hemos así intentado mantener el abordaje de una misma y unívoca cosa. En mi opinión, ello ha sido un error. Ciertamente un error involuntario, una equivocación impensada. En efecto, no hemos querido perder nuestro tradicional consenso. A ningún científico le agrada tamaña cosa. Sin embargo, y de hecho, en este movimiento casi imperceptible, pero tremendo y decidido, se nos han diversificado magníficamente las opciones.

A través de la Figura 2, pretendo mostrar la concepción más clásica en la que se asumía un conjunto de principios teóricos y se desplegaba a partir de ellos una operacionalización de uno o más objetos de estudio. La diversidad se declaraba en los objetos más que en el constructo teórico mismo. Existía así una perspectiva monolítica en que aparentemente había consenso en torno a un paradigma que hegemonícamente se posicionaba por sobre otras concepciones e imponía un modo de investigación.

Es factible que este modelo resultara útil en ciertos círculos muy restringidos o en comunidades científicas extremadamente cohesionadas y muy posiblemente detentadas magníficamente por maestros líderes y de gran carisma. Es muy cierto, los lingüistas hemos intentado concebir el lenguaje y las lenguas de modo unificado, buscando afanosamente regularidades y principios rectores comunes. No obstante ello, aunque aún existen escuelas lingüísticas de este estilo, se ha venido descorriendo el velo y los investigadores hemos ido asumiendo una mirada más amplia y enriquecida. Así, la paradoja reside en que, enfrentados a definiciones más profundas y de mayor

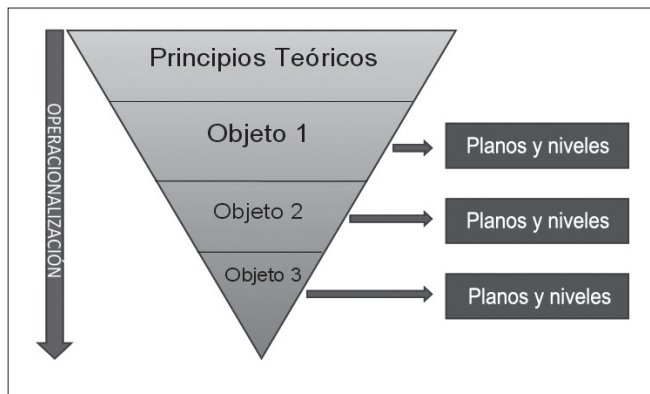


Figura 2. Coexistencia de múltiples concepciones de lenguaje y de objetos de estudio.

rigurosidad, emerge un tremendo despliegue de diferencias de diversa índole. En ese instante, nuestras miradas se diversifican, se multiplican. Entonces, los científicos, desde nuestras posturas teóricas y empíricas, ya no detentamos tan homogéneamente los mismos principios teóricos ni indagamos los mismos objetos. De hecho, ya no son los mismos objetos para todos nosotros. Son diversos. Por ello, hemos llegado a comprender y a aceptar que enfocamos y examinamos, definitivamente, objetos distintos.

Por un momento, parecía que no existía conflicto entre estas concepciones alternativas. Todas las miradas resultaban sorprendentemente válidas; todas podían aportar. En mi opinión, ello ya no es factible. El lingüista debe definirse a sí mismo y tener claridad de los principios fundantes de su concepción del lenguaje, de las lenguas y de los objetos que abordará. El reto actual para el científico del lenguaje es afrontar la diversidad y ser capaz de no diluirse completamente en un intento de buscar consensos. Desde un nuevo escenario, las definiciones y claridad de las tareas específicas son un requisito. La progresiva toma de conciencia de este asunto se constituye en un desafío singular para el lingüista del siglo XXI. La aceptación de ello resulta fundamental para el avance.

En la siguiente figura, intento mostrar de modo esquemático mi propia concepción de la heterogeneidad de posturas, la coexistencia alternativa de principios rectores y la creación de objetos científicos diversos. Muchas veces deliberada y definitivamente incompatibles entre ellos.

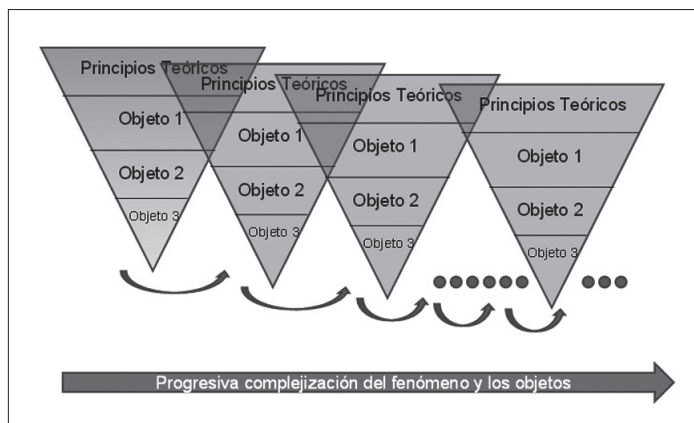


Figura 3. Progresiva complejización del fenómeno y los objetos.

Tener meridiana claridad de esta diversificación de concepciones nos permite, ciertamente, comprender porqué hemos enfrentado disquisiciones y discusiones tremendas en torno a la mirada teórica y analítica entre posturas que creíamos enfrentaban un mismo fenómeno y que, por consiguiente, abordaban objetos similares. De este modo, queda claro, por ejemplo, que no parten de la misma concepción ni es el mismo objeto de indagación científica el de la lingüística estructuralista de Saussure, el del generativismo de Chomsky ni el de la lingüística sistémico funcional de Martin. Tampoco son similares los principios fundantes del análisis del discurso, propuestos por Teun van Dijk, con los semiodiscursivos de Patrick Charaudeau. La visión antropológica social y espiritualista de Luis Gómez Macker no coincide con ninguna de las anteriores. Y, ciertamente, tampoco es exactamente la misma concepción del lenguaje la de Marianne Peronard, quien se posiciona desde una psicossociolingüística del discurso.

Pensemos esto nuevamente. Desde una perspectiva amplia, todos estos científicos si pretendieran concebir un mismo fenómeno. Todos ellos estudiarían el lenguaje humano y las lenguas. Pero coinciden en un nivel muy general y demasiado abstracto. No obstante ello, en mi opinión, el decirlo así es lo que nos ha confundido. Es evidente que los supuestos ontológicos y los epistemológicos y, obviamente, las herramientas metodológicas –la mayoría de las veces– son radicalmente diferentes. Ello hace que sus principios fundantes los lleven a estudiar fenómenos de diferente índole, en que el grado de complejidad sea variable y las dimensiones consideradas en la concepción del lenguaje difieran ostensiblemente. Con ello, los objetos científicos particulares no son exactamente los mismos. Todos estos objetos revelan pequeñas o grandes diferencias.

En efecto, este es un asunto de alta relevancia y que se debe tener certeramente en el punto de mira, llegado el momento de enfrentar la decisión de convertirse en un lingüista del siglo XXI.

Para explicar con mayor claridad este intríngulis, resumo todo ello en una distinción que puede ayudar a comprender mejor este punto. La aproximación al estudio del lenguaje puede variar, básicamente, en consideración a dos cuestiones: a) las perspectivas epistemológica y ontológica a las que se adscriba, b) el objeto científico específico que se indague.

En mi opinión, queda claro que el objeto de estudio de un psicolingüista del discurso no es el mismo que el de un lingüista sistémico funcional. Tampoco será el mismo el de un lingüista formal generativista ni el de un analista crítico del discurso. Tanto los objetos como los objetivos son disímiles y las metodologías. Un fonetista y un semántico generativista o un lingüista cognitivista enfocan planos o dimensiones diferentes.

Algunas explicaciones: Los giros cognitivos y contextualistas

Un problema de los movimientos pendulares en el avance científico es muchas veces la desintegración de lo acumulativo. Esto quiere decir, en este contexto particular, que nos movemos entre un cognitivismo fuertemente internalista con énfasis innatista y un contextualismo externalista con acento social e interaccional. Desafortunadamente, muchas veces no se rescata o incorpora o se intenta complementar visiones alternativas. Por ejemplo, la visión psicolingüística del lenguaje normalmente no se conjuga con los principios de una semiótica social. No cabe duda de que se trata de una cuestión de fundamentos ontológicos y epistemológicos. Lo que abre escenarios alternativos, pero también dicotomiza las concepciones y distancia a los objetos de estudio. Desde esta óptica, tal como he insistido, no se construye un conocimiento de modo vertical y jerárquico en que un conocimiento necesariamente deba aportar a los desarrollos posteriores y sea incorporado de algún modo en los futuros avances. De este modo, no se elabora acumulativamente a partir de lo existente. Muy por el contrario, muchas veces, deliberadamente se busca desmarcarse de lo previo, crear un espacio independiente. Así, lo que acontece es que se edifica de modo horizontal, se desplaza paralela y alternativamente la construcción de nuevas nociones científicas. En lo nuclear, ello produce que el objeto de conocimiento, su definición epistemológica y ontológica se distancie exponencialmente de otras alternativas.

No cabe duda, en mi opinión, que el llamado giro cognitivista impactó sustantivamente en el modo de enfrentar la concepción del lenguaje y de los objetos de estudio. También el llamado giro contextual ha producido un énfasis en los aspectos semiótico sociales y pragmáticos. No obstante ello, son diversas las teorías lingüísticas que persisten en una mirada parcial del complejo fenómeno que nos preocupa, enfatizando peligrosa y excesivamente una u otra visión. En la siguiente Figura 4, se aprecia el movimiento interactivo entre lingüística y movimientos ontológicos y epistemológicos.

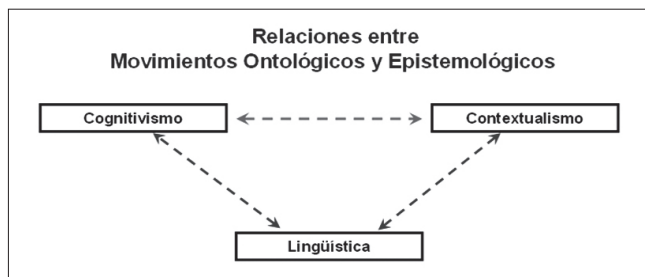


Figura 4. Relaciones entre lingüística y movimientos ontológicos y epistemológicos.

En esta figura se aprecia la interacción polarizada que se ejecuta entre movimientos radicalmente opuestos. Entre ellos, la lingüística se ha visto presionada pendularmente hacia un extremo u otro. En nuestra propuesta, abogo por una defensa de categorías difusas a lo largo de un *continuum*, en que se superen los extremos descalificadores y se integre principios valiosos de una y otra posturas. Por supuesto, habrá posiciones que se desplacen a través del *continuum* con mayores o menores énfasis.

Tal como ya hemos apuntado, las concepciones teóricas y los objetos de estudio se diversifican producto de supuestos ontológicos y epistemológicos divergentes acerca del lenguaje, de las lenguas y, en definitiva, del ser humano. Ello conlleva que, por ejemplo, si consideramos dos polos de un *continuum* entre un enfoque cognitivista y otro contextualista, múltiples opciones teóricas y empíricas caben dentro de una diversificación con énfasis variados. Así, tenemos desde un enfoque innatista extremo del lenguaje y las lenguas con un grado de idealismo importante (Chomsky, 1965, 1966, 1968), hasta una aproximación social de corte radical en que las representaciones sociales adquieren fundamental relevancia y se enfatiza una semiótica externalista (Bloomfield, 1930; Halliday, 1978; Durkheim, 1987; Halliday & Hasan, 1989; Lemke, 1992). En ellos se tiende hacia una excesiva mentalización del fenómeno y los objetos o hacia una cosificación radical de tipo externalista y materialista. Afortunadamente, entre estos dos extremos, una concepción socioconstructivista moderada impone ciertos límites difusos y alcanza, en mi opinión, consensos más oportunos. Me refiero, por ejemplo, a los aportes integradores de Peronard y Gómez Macker (1985), de Karmiloff-Smith (1994), y de Peronard (1999, 2007). Es en este afán integrador que el lingüista logra sumar parcelas y se adicionan dimensiones. Así, al científico se le revelan nuevas conexiones y logra explorar y descubrir renovados vínculos integradores. En este proceso, la cognición se complejiza y se vincula con diversos planos. La sociedad se multifracciona y se ofrecen más variadas fuentes de interacción. En definitiva, en este proceso se construye un fenómeno y un objeto aún más complejos, pero de modo acumulativo.

La Figura 5 captura estas tensiones y presenta una postura intermedia más equilibrada e integradora.

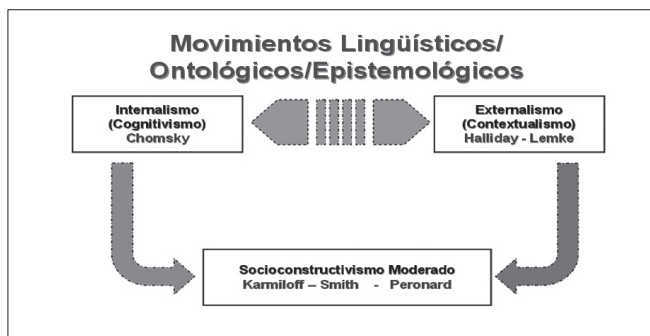


Figura 5. Tensión entre movimientos lingüísticos y epistemológicos.

Una de mis preocupaciones es el peligro que reside en uno de estos extremos, pues se puede llegar a borrar al sujeto conocedor y no atender así a una parte individual de los procesos del lenguaje, destacando excesivamente las construcciones sociales de corte externalistas. En ella, el conocimiento y los procesos lingüísticos tienden a ocurrir de modo ubicuo e impreciso dentro del contexto social. Entonces, se tiende a cosificar tanto el lenguaje como los objetos de estudio. O, en algunos casos, se minimiza peligrosamente la participación del sujeto, de su mente, de sus emociones, de su personalidad y de su cerebro. El excesivo énfasis contextualista desde una mirada semiótica social, en mi opinión, ha incurrido en un nuevo reduccionismo teórico y metodológico. Se vuelve así imperativo superar estas debilidades de una concepción extrema.

En la otra visión extrema, al sujeto se le asigna un rol más central. En sus procesos psicológicos idealizados radican las cogniciones que dan soporte al lenguaje. También existen posibles excesos en esta concepción de lenguaje humano. De hecho, se puede correr el riesgo de llegar a una postura cognitiva monolítica en que el cerebro, los mecanismos corporales y procesos neurobiológicos concentren únicamente una concepción del lenguaje. Tal énfasis extremo puede conducir a un exagerado individualismo y una centralidad muy exclusiva en los procesos cognitivos; todo ello puede derivar en generalizaciones un tanto homogeneizantes.

Una propuesta multidimensional: La visión de la Escuela Lingüística de Valparaíso

Como he venido argumentando, la dimensión cognitiva, la dimensión lingüística, la dimensión social y la dimensión afectiva interactúan de modo complejo a través del lenguaje. Esta concepción integradora y abarcadora propende a la comprensión profunda de un sujeto y su lenguaje. Como

se desprende, este sujeto interactúa en un contexto específico y construye su realidad a través de cogniciones situadas y de conductas deliberadamente intencionadas. Todos estos y otros más constituyen principios fundantes de la **Escuela Lingüística de Valparaíso** (cf. Peronard, 2007).

De este modo, mi elección del término psicopsicolingüística del discurso implica un enriquecimiento progresivo de mi propia concepción del lenguaje humano. Por ello, he restringido el uso de términos como psicolingüística, dado que aludían a una perspectiva excesivamente lingüística cognitivista y desestimaban otras esferas; aunque su uso en ciertos contextos se aplica adecuadamente. Esta concepción integral a la que aludo da cuenta de una visión más amplia y refleja la multidimensionalidad del lenguaje. Con ello intento aportar una perspectiva más abarcadora y balanceada, superando, en lo posible, los reduccionismos implicados en los polos extremos y dicotómicos de tipo cognitivista y contextualista. En parte, construyo a partir de los aportes de Luis Gómez Macker desde una visión sociolingüística y espiritualista y también, en parte, basado en una opción más psicolingüística y empirista como la desarrollada por Marianne Peronard. Entonces, esta nueva concepción teórica con sustento empírico es la que defiendo y desde donde, acumulativamente, intento proyectar mis propias reflexiones y la investigación de mis equipos de trabajo. Desde este marco, en mi visión, se evita la cosificación del lenguaje en términos externalistas y se incluye de modo decidido a un sujeto real y concreto en situaciones comunicativas claramente definidas.

Entonces, la visión psico-socio-discursiva del lenguaje que sustento aborda, entre otros, el vínculo entre procesamientos cognitivos, propósitos comunicativos, enunciados contextualizados, representaciones mentales, interacciones sociales, tipos de aprendizajes y contextos culturales. Como es costumbre, nuestra mirada se posiciona desde una concepción integral del lenguaje y del ser humano, y desde el desarrollo de competencias de discurso en entornos educativos diversos. Así, defiendo una opción original de corte socioconstructivista y deliberadamente cognitivista. Debido a esta adscripción ontológica y epistemológica, concibo al ser humano como poseedor de una facultad particular del lenguaje y de la cognición, la cual lo constituye en un ente reflexivo y trascendente. Facultad que le permite, a través de procesos educativos permanentes, ser capaz de co-construirse como persona que participa activamente en su sociedad y de autogestionar su propio conocimiento en la interacción psicopsicodiscursiva. Esta visión singular del ser humano es congruente con mis concepciones de texto, discurso, género y comprensión y producción lingüísticas (Parodi, 2003, 2005a, 2005b, 2007, 2008).

Sustentar esta compleja visión mentalista implica, por un lado, adherir a una comprensión de ser humano como sujeto poseedor de una conciencia de sí mismo como cualidad singular y, por otro, aceptar que el lenguaje constituye una facultad inherente a este sujeto, pero que a la vez le concede el carácter de tal. Conciencia del yo y facultad del lenguaje se constituyen en núcleos vitales de mi concepción del ser humano. En este sentido, resulta fundamental declarar

que esta facultad de lenguaje es de naturaleza innata en la especie humana como disposición básica de construir sistemas de significados, pero no como un componente lingüístico predado a modo de universales lingüísticos. Esta facultad se vuelve una potencia para la elaboración de un complejo sistema lingüístico de comunicación, la cual se construye socioconstructivista en un entorno psicodiscursivo a través de complejos procesos ontogenéticos.

Al respecto, la siguiente figura intenta captar las dimensiones que el lenguaje humano captura desde nuestra perspectiva particular.

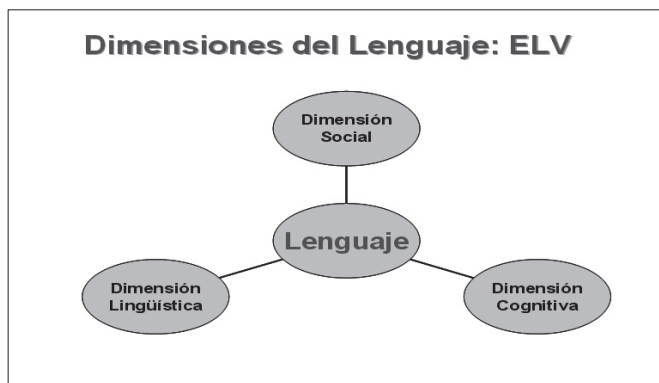


Figura 6. Dimensiones del lenguaje.

No obstante estas declaraciones de principios, es vital dejar en claro que, tal como hemos sostenido más arriba respecto a los desafíos de la lingüística del siglo XXI, la construcción de teorías debe andamiarse en un sistema de enfoques empíricos experimentales que brinden información que nutra las nuevas reflexiones. Ya sea que estos datos corroboren hipótesis del investigador o las refuten, las relaciones sinérgicas permanentes entre estos ejes constituyen un mecanismo de aseguramiento de revisión, o de una construcción y reconstrucción permanente de algunos principios teóricos.

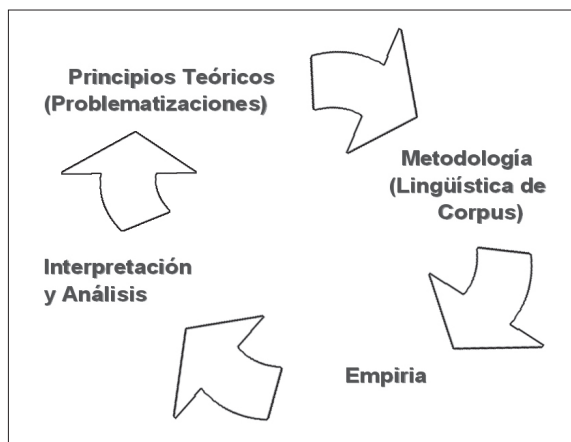


Figura 7. Construcción de una concepción integral teórico-empírica.

La adscripción a tal configuración de sistemas dinámicos permite una construcción certera de conocimientos científicos, validados empíricamente y cuyos aportes aplicados cuentan con sustentos teóricos robustos. Esta forma de aproximarnos a los datos posibilita una comprensión más profunda de situaciones comunicativas reales en contextos sociales particulares.

Estoy seguro de que no es fácil alcanzar desarrollos integrados efectivos ni construcción vertical y progresiva de saberes científicos, salvo al interior de escuelas de pensamiento o de grupos relativamente cohesionados. Sin duda, si no se cuenta con ello, es posible que se produzca cierta sensación de estancamiento de la disciplina. No obstante ello, a la larga, se espera que se produzca un paulatino decantamiento de ideas y una progresiva integración que produzca un conocimiento más estable. Ciertamente, todo ello nos otorga un conocimiento más profundo del lenguaje humano y de las lenguas particulares. En este afán laboramos en la **Escuela Lingüística de Valparaíso** y confiamos en entregar aportes sustantivos e integradores a la comunidad de especialistas, así como buscar mecanismos para aportar y responder a las demandas de la sociedad actual.

Palabras de cierre

Ahora bien, luego de este recorrido, declaro que de ningún modo pretendo dejar de ser un lingüista. Muy por el contrario, busco ambiciosamente recodificar, o más bien, resignificar el concepto y ampliar así su cobertura. Aceptar la heterogeneidad y los quiebres epistemológicos y ontológicos. Reconocernos en la diversidad y aceptar que desde un escenario particular es de donde hablo. Es verdad que existen muchos dilemas y que las perplejidades están en cada esquina

del camino. No obstante ello, en mi opinión, el lingüista del siglo XXI debe definitivamente ser un vanguardista postmoderno. Con toda la complejidad que ello implica, pero también con la tremenda riqueza que le aporta.

Estoy cierto de que ser un lingüista del siglo XXI implica manejar un delicado balance entre tradición, innovación y vanguardismo. Algunas tareas del lingüista o de la lingüística que viene deberían ser:

- Propender hacia la construcción de un cuerpo de conocimiento disciplinar altamente valorado por su replicabilidad, robustez y proyecciones.
- Fortalecer, desde sólidos principios teóricos y antecedentes empíricos, la dimensión aplicada y la de transferencia.
- Tender hacia la modelización computacional e implementación de principios teóricos y realidades sustentadas empíricamente.
- Llevar a la disciplina a someterse a estándares generales de valoración.
- Aportar a la modernización y tecnologización de las técnicas de recogida y manejo de datos, así como de los instrumentos de análisis.
- Fortalecer el componente científico experimental, cuando corresponda.

Es posible que algunas de estas cuestiones resulten de sentido común, pero estimo que ponerlas en papel con cierto orden y desde el escenario de la Academia Chilena de la Lengua puede resultar un aporte para las nuevas generaciones de estudiantes de pre y postgrado que no cuentan con antecedentes de este tipo para decidir su futuro.

Por último, en el contexto de lo dicho, no deja de llamar la atención que científicos cognitivos y filósofos del lenguaje en obras vanguardistas de este nuevo siglo se acerquen a conclusiones un tanto similares desde paradigmas y fundamentos epistemológicos diversos y con consensos difusos. Me refiero a Robert Penrose (1994), Antonio Damasio (2000) y John Searle (2004) quienes concluyen que un fenómeno tan elusivo como la conciencia ampliada y la mente humana, como núcleos de la humanidad del hombre y rasgo del lenguaje, están aún en las sombras.

En ningún caso ello nos desmotiva en nuestro oficio, sino que –muy por el contrario– se constituye en fuente de tremenda inspiración y nos ofrece caminos a recorrer esperanzadoramente a través del milenio que se inicia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bloomfield, L. (1930). *Language*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Chomsky, N. (1965). *Aspects of the theory of syntax*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Chomsky, N. (1966). *Cartesian linguistics. A chapter in the history of rationalist thought*. New York: Harper & Row.
- Chomsky, N. (1968). *Language and mind*. New York: Harcourt, Brace & World.
- Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Durkheim, E. (1987). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Editorial La Pleyade.
- Halliday, M. (1978). *Language as social semiotics*. London: Arnold.
- Halliday, M. & Hasan, R. (1989). *Language, context and text*. London: Oxford University Press.
- Karmiloff-Smith, A. (1994). *Más allá de la modularidad*. Madrid: Alianza.
- Lemke, J. (1992). Interpersonal meaning in discourse: Value orientations. En M. Davies & L. Ravelli (Eds.), *Advances in systemic linguistics. Recent theory and practice* (pp. 82-104). London: Pinter.
- Parodi, G. (2003). *Relaciones entre lectura y escritura: Una perspectiva cognitiva discursiva. Bases teóricas y antecedentes empíricos*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Parodi, G. (2005a). *Comprensión de textos escritos*. Buenos Aires. Eudeba.
- Parodi, G. (Ed.) (2005b). *Discurso especializado e instituciones formadoras*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Parodi, G. (2007). Comprensión y aprendizaje a partir del discurso especializado escrito: Teoría y empiria. En G. Parodi (Ed.), *Lingüística de Corpus y Discursos especializados: Puntos de mira* (pp. 223-255). Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Parodi, G. (2008). Géneros académicos y géneros profesionales: Delimitaciones y puntos de encuentro en el corpus PUCV-2006. En G. Parodi (Ed.), *Géneros académicos y géneros profesionales: Aproximaciones basadas en corpus*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Penrose, R. (1994). *Shadows of the mind. A search for the missing science of consciousness*. Oxford: Oxford University Press.
- Peronard, M. (1999). Metacognición y conciencia. En G. Parodi (Ed.), *Discurso, cognición y educación. Ensayos en Honor a Luis Gómez Macker* (pp. 43-57). Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Peronard, M. (2007). La Escuela Lingüística de Valparaíso: Algunos principios fundantes. *Revista Signos. Estudios de Lingüística*, 40(65), 489-494.
- Peronard, M. & Gómez Macker, L. (1985). Reflexiones acerca de la comprensión lingüística: Hacia un modelo. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, 23, 19-32.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Searle, J. (2004). *Mind. A brief introduction*. Oxford: Oxford University Press.